



## Memoria, infancia y guerra civil: el mundo narrativo de Ana María Matute

---

**Néstor Bórquez**

Universidad Nacional de la Patagonia Austral

### Resumen

Ana María Matute ha creado un cerrado mundo narrativo que mezcla ficción y realidad con un estilo particular, pleno de poesía pero cargado de crueldad. Parte de este mundo se forja por la convivencia de la mirada inocente de los niños con la desencantada de los adultos. *Paraíso inhabitado* (2008), última novela de Matute, cumple con la mayoría de los “tópicos” que conforman el particular estilo de la autora: prevalece este choque de realidades enfrentadas que además tiene a la Guerra Civil como trasfondo histórico. El trabajo analizará el cruce de estas dos características: la mirada “extrañada” de los niños protagonistas de la obra –que como todo niño “matuteano” vivirá en un mundo de fantasía efímero antes de ingresar ya “derrotado” al mundo adulto– que presenta una visión “traslúcida” de la guerra civil, una apelación a la memoria de la narradora ya adulta que presenta casi sin intervenciones sus recuerdos de niña.

**Palabras clave:** *Ana María Matute – infancia – memoria – Paraíso inhabitado – Guerra Civil Española.*

### Abstract

Ana María Matute has created a tightly closed narrative world where fiction and reality are mixed through a particular style, thoroughly lyric

*Olivar* N° 16 (2011), 159-177, CETCL, IdIHCS, FaHCE, UNLP - CONICET.



but full of cruelty. This world is largely shaped by the coexistence of the children's innocent gaze with the disenchanting look of the adults. *Paraíso inhabitado* (2008), her latest novel, meets most of the topics that make up Matute's own style: Against the historical background of the Spanish Civil War, the central matter is once again related to the clash of the already mentioned conflicting realities. This paper attempts to analyze the intersection between both features: the distanced look of the children –who shall live in a world of fantasy until his final defeat and subsequent entry in the world of adults, like every children in Matute's work – displaying a “translucent” view of the Civil War, an appeal to the memory of a grown-up narrator who introduces her childhood's remembrances almost without any intervention.

**Keywords:** *Ana María Matute – childhood – memory – Paraíso inhabitado – Spanish Civil War.*

*Y me permito hacerles un ruego: si en algún momento tropiezan con una historia, o con alguna de las criaturas que transmiten mis libros, por favor créanselas. Créanselas porque me las he inventado.* ANA MARÍA MATUTE, en la recepción del Premio Cervantes 2010

A lo largo de su trayectoria literaria, Ana María Matute ha logrado conformar un hermético mundo narrativo donde convive simultáneamente el immaculado paraíso infantil con el despiadado punto de vista de los adultos. La crítica –no demasiado abundante pero sí minuciosa–, se ha encargado de focalizar en los puntos centrales que dan consistencia a ese mundo: la infancia, los cuentos de hadas, la crueldad, la fantasía, la Guerra Civil, los enfrentamientos cainitas, los datos autobiográficos desperdigados por sus novelas y cuentos, entre otros. Se ha clasificado su obra, se ha desmenuzado su estilo y se ha mencionado explícita o implícitamente el recurso habitual del relato que apela a la memoria, quien es la encargada de ocultar y develar, sugerentemente, en cada uno de sus textos.

En gran parte de sus novelas y en algunos de sus cuentos, la autora apela a un desdoblamiento del narrador, adulto y “derrotado”, que re-

memora en primera persona, los inocentes y fantasiosos recuerdos de su infancia para marcar finalmente, el “pasaje” traumático y doloroso a la vida adulta. Lo sustancial de este desdoblamiento, consiste en la predominancia del relato infantil que no termina de interpretar los hechos que presencia –personales y contextuales–, es decir, sin la injerencia del relato adulto que marcado por la distancia temporal podría completar e interpretar esos enigmas. Prevalece la mirada “extrañada” del niño que no puede –y muchas veces no quiere– desentrañar los misterios de los mayores.

*Paraíso Inhabitado* (2008), la última novela de Ana María Matute, forma parte de este tipo de relatos y aparece casi como corolario de su trayectoria literaria, dado que mantiene además aquellos tópicos “matuteanos” aparecidos en otras obras. Así, conoceremos el relato de una niña perdida en el extraño mundo de los adultos, salvada momentáneamente sólo por la literatura y la fantasía pero definitivamente vencida por ese mundo, en un contexto que remite a la Guerra Civil. Historia con reminiscencias a *Primera memoria*, por las similitudes entre ambas, aunque en menor o mayor medida, con el resto de sus cuentos y novelas en los que persisten algunos o varios de estos tópicos.

La visión de la guerra puesta en ojos de los niños es una constante en novelas y cuentos de Matute, quizás uno de los rasgos autobiográficos más marcados de los muchos que aparecen explícitos o solapados en sus textos. Sin embargo, este trabajo mostrará cómo en *Paraíso inhabitado* la guerra no forma parte central del relato como hacía Matute de manera más evidente en textos como *Los Abel* o *Primera memoria*. Describiremos cómo se utiliza el desdoblamiento de la voz narrativa sujeta a la memoria, para presentar una mirada “traslúcida” de la realidad contextual española referida a la guerra civil, tamizada por la niñez, la inocencia y la fantasía. Los aspectos referidos a esta realidad histórica serán escuchados por una niña que no sólo no entenderá las palabras de los adultos –visiones que ideológicamente no serán coincidentes–, sino que no le importará demasiado, refugiada en los cuentos de hadas y en el incipiente amor que va descubriendo.

## 1. De biografías y autobiografías

Ana María Matute, nacida en Barcelona en 1925<sup>1</sup> es parte de la generación llamada “del medio siglo” –o también la de “los niños de la guerra” o “los niños asombrados”<sup>2</sup>. Catalogada por Juan Goytisolo como modelo de su generación<sup>3</sup>, la autora tuvo sin embargo, un trato dispar y cambiante de la crítica a través de los años: fue atacada por su “exceso de liricismo” estético e incomprensida ante la dificultad de encasillar su literatura “tan personal”, tan diferente a la practicada sobre todo en las décadas del 50 y 60 por el resto de su generación. Pero con los años, esas posiciones prácticamente se fueron invirtiendo, o en términos de Redondo Goicoechea, suavizando. Su originalidad narrativa, marcada por años como una falencia, es definida como un acierto en el panorama literario de la época por las nuevas generaciones de lectores<sup>4</sup>.

Lo cierto es que Matute ha perdurado hasta nuestros días con un estilo único, una “marca registrada” en la que confluyen los recuerdos, la poesía y la fantasía sin límites. Y si bien tuvo un largo período de silencio personal y literario, su regreso con *Olvidado rey Gudú* (1996) y *Aranmanoth* (2000) –completando su trilogía “medieval” iniciada con *La torre vigía* (1971)– y hace unos años con la ya nombrada *Paraíso inhabitado* (2008), no hicieron más que resumir y subrayar una trayectoria literaria –con sus contadas excepciones– signada por el relato maravilloso asociado a la infancia, por la persistencia del amor como una salvación efímera y el pesimismo vital en relación con el mundo adulto. Su ingreso

<sup>1</sup> Si bien todos los estudios críticos comparten y repiten que el año de nacimiento de Matute es 1926, en una entrevista concedida al diario *El País*, Matute reconoció que su fecha de nacimiento es en realidad 1925: “Estoy cansada de repetirlo: tengo 85 años, nací en 1925 y no en 1926 como se empernan en decir”. (“Si ganara el Cervantes daría saltos”, 16/11/2010. Entrevista de Rosa Mora).

<sup>2</sup> La propia autora se reconoce como la inventora del término: “No es raro, pues, que yo me permitiera, años más tarde, definir esa generación a la que pertenezco como la de los “niños asombrados” (Discurso de recepción del Premio Cervantes 2010).

<sup>3</sup> Redondo Goicoechea (1997: XII) también menciona a dos escritoras de las nuevas generaciones que homenajean a Matute: Almudena Grandes, que la considera “una maestra” y Rosa Montero, que la cataloga como “un mito”.

<sup>4</sup> Redondo Goicoechea se encarga de analizar esta relación con la crítica de manera más minuciosa. En su trabajo sobre *Historias de la Artámila* (1997: IX-XVI) focaliza específicamente en el estudio del cuento y su relación con la crítica. Otro buen análisis puede encontrarse en Pons Ballesteros (2009).

a la Real Academia Española en 1998 y la entrega del Premio Cervantes 2010 no dejan de ser merecidos reconocimientos a esa trayectoria.

Uno de los aspectos más notorios en la obra de Matute es la abundancia de datos autobiográficos que se pueden encontrar en cuentos y novelas, aunque la autora niegue enfáticamente esa intencionalidad<sup>5</sup>. “La noche de *Primera memoria*”<sup>6</sup>, “En el bosque” (1998)<sup>7</sup>, su reciente discurso de recepción del Premio Cervantes 2010 y las innumerables entrevistas que se le han hecho, permiten reconstruir episodios de su vida: su infancia, su amor por los cuentos de hadas, el recuerdo de la Guerra Civil, su ingreso al mundo literario, su casamiento, su divorcio, sus novelas, sus miedos, sus silencios<sup>8</sup>. Y muchos de esos datos nos remiten a sus textos. Quizás el término de “autobiografía interior” que propone Redondo Goicoechea se acerque más al estilo de la autora:

Pienso que ofrece una especie de autobiografía interior, ya que la autora escribe con todo su ser a la vez y no sólo con la historia literaria, con la razón o con la imaginación o con los sentidos o los sentimientos y el sexo, sino con todo mezclado y, a la vez, fundido, con su propia experiencia. Escribe con naturalidad mezclando vida y literatura. (2009:153)

Así, las “coincidencias” entre vida y obra de Matute son muchas y fácilmente rastreables. Justamente en su última novela vuelven a aparecer de manera más clara muchos de esos datos ya leídos en *Primera memoria* o desperdigados en cuentos –por ejemplo, *Historia de la Artámila* (1961), entre otros– y sobre todo en sus dos trabajos netamente autobiográficos: *A la mitad del camino* (1961) y *El río* (1963).

En todos prevalece el recuerdo de la infancia y desde ese punto de partida resuenan los datos biográficos de Matute. Ya en *Primera memo-*

<sup>5</sup> Además de aparecer en numerosas entrevistas, en el discurso de recepción del Premio Cervantes vuelve a resaltar esta idea de que nunca escribió una novela autobiográfica aunque reconoce que “aparece en sus páginas”.

<sup>6</sup> Aparecido en *Dietario de posguerra* (1998), el texto gira en torno a *Primera memoria*, el premio Nadal, la importancia de la literatura, sus vivencias de la guerra y detalles del libro.

<sup>7</sup> Este texto es el discurso de ingreso a la Real Academia Española pero sobre todo una defensa de los cuentos de hadas, su función e importancia.

<sup>8</sup> Entre las numerosas entrevistas a la autora es oportuno destacar Montero (1996), Moret (1996), Prada (1996 y 1998), Varela (1998), Prego (1999), Villora (2000), Mora (2001), y Astorga (2002).

ria aparecía un muñeco de trapo –Gorogó–, compañero de Matia, la narradora, que Matute aún hoy mantiene según confiesa en su mentado discurso de recepción del Cervantes. Pero a ese dato de color se le suman aspectos de la infancia de la autora que aparecen obsesivamente en sus trabajos, sobre todo en *Paraíso inhabitado*: la presencia de su pequeño teatro de títeres, uno de los juguetes más nombrado de su infancia –y que recuerda además a *Pequeño teatro* (1954)–, el miedo a su madre y el amor a su padre, a quien sin embargo, ve muy poco<sup>9</sup>, su estricta y controvertida educación religiosa en manos de las “Damas Negras”<sup>10</sup>, una persistente enfermedad de la niña que mantuvo en vilo a toda la familia y que es parte fundamental de la novela, la referencia a lugares emblemáticos de la casa: la cocina –centro de felicidad y aventuras<sup>11</sup>– y el cuarto oscuro de los castigos, resignificado por la niña Matute como otro ámbito de fantasía e imaginación<sup>12</sup>. Y por supuesto, también reaparecen en esta novela, las referencias a la Guerra Civil –vista desde un punto de vista más lejano, de manera más “traslúcida” que en *Primera memoria*– y la literatura infantil, los cuentos de hadas tan nombrados por la autora como salvación y refugio en su infancia<sup>13</sup>.

<sup>9</sup>De niña tenía terror a mi madre. Cuando oía sus tacones por el pasillo y su voz diciendo “¡Ana María!” me echaba a temblar. El terror iba acompañado de tal angustia que me originó tartamudez (...) Si no hubiera sido por mi padre, al que sin embargo, veía muy poco, y por mi adorada tata Anastasia, creo que me habría muerto de desamor”. “Un doloroso vivir”, entrevista incluida en el trabajo de Redondo Goicoechea (2009:144)

<sup>10</sup>Su aversión a las monjas, a quienes cataloga de “horrendas”, es tema repetido en sus entrevistas. En el citado trabajo de Redondo Goicoechea (2009:144), utiliza la denominación mencionada: “Era tal mi afición a la lectura que llegué al colegio sabiendo leer y escribir, bueno, pues bien, pronto consiguieron las monjas, las Damas Negras, a completarme lo suficiente para conseguir que fuera la última de la clase”

<sup>11</sup>En *Historias de la Artámila*, una serie de cuentos en los que resuena la infancia y sobre todo los veraneos en Mansilla de la Sierra, existen tres espacios bien diferenciados en los que transcurre la acción: el pueblo, la casa del abuelo y sobre todo, la cocina. (Redondo Goicoechea, 1997: XXVIII)

<sup>12</sup>En *Paraíso inhabitado* aparece ficcionalizado el castigo que impone la madre a la hija que es encerrada en un cuarto oscuro y que forma parte de la infancia de la autora: “Al contrario de los otros niños, empezó a gustarme ser castigada en el cuarto oscuro. Comencé a sentir y saber que el silencio se escucha y se oye, y descubrí el fulgor de la oscuridad, el incomparable y mágico resplandor de la nada aparente” (Matute, 1998b: 18)

<sup>13</sup>Para analizar esa relación entre infancia y cuentos infantiles, unida a la biografía de Matute, revisar “En el bosque” (1998:9-31), aunque es un tema recurrente en las diversas entrevistas realizadas a la autora.

Justamente este último tema es uno de los más recurrentes dentro de la narrativa de Matute, por dos razones: primero, por su encendida defensa de este tipo de literatura que ha hecho en entrevistas y sobre todo en su texto “En el bosque”, en donde analiza minuciosamente la función y enseñanza de estos relatos para los niños y en segundo lugar, por su propia producción, dividida a su vez en literatura infantil propiamente dicha<sup>14</sup> y la literatura para adultos pero que apela a la fantasía o a la crueldad propia de los cuentos de hadas a partir de la existencia de un personaje o narrador niño o adolescente (en *Paraíso* aparece recurrentemente la figura de un unicornio en la realidad fantástica de su protagonista)<sup>15</sup>.

En su defensa de estos relatos infantiles, Matute ha reconocido más de una vez, que “si no hubiese podido participar del mundo de los cuentos y si no hubiese podido inventarme mis propios mundos, me habría muerto”. (1998b: 19). Y es su mirada profunda sobre estos relatos y su vital enseñanza la que subyace en sus propios textos, una manera de presentar la magia asociada al mundo de los niños pero sin prescindir de la crueldad, del odio y sin el final feliz. Así, la autora se ha encargado de defender los tradicionales cuentos infantiles y de oponerse a la nueva generación de cuentos “recortados” y adaptados:

Porque los llamados “cuentos de hadas” no son, por supuesto, lo que la mayoría de la gente cree que son. Nada tienen que ver con la imagen que, por lo general, se tiene de ellos: historia de niños, a menudo estupidizadas y trivializadas a través de podas y podas “políticamente correctas”, porque tampoco los niños responden a la estereotipada imagen que se tiene de ellos. (...) La crueldad, la ambición, la fragilidad del ser humano..., todo se revela en estos cuentos aparentemente simples e indudablemente inocentes. (Matute, 1998b: 19-20)

<sup>14</sup>Parte de la producción infantil de Matute incluye entre otros títulos: *El país de la pizarra* (1956), *Paulina, el mundo y las estrellas* (1960), *El saltamontes* (1961), *El aprendiz* (1961), *Caballito loco* (1961), *Carnavalito* (1962), *El polizón del Ulises* (1965), *Sólo un pie descalzo* (1984). Un caso para remarcar, a medio camino entre la literatura para niños y para adultos, lo marca *El verdadero final de la Bella Durmiente* (1999), que retoma un clásico para niños pero sazonado con los condimentos de humor e ironía para el entendimiento de los adultos.

<sup>15</sup>Otros textos que pueden incluirse en esa lista son, entre otros: *Pequeño teatro* (1954), *El verdadero final de la Bella Durmiente* (1999) y la trilogía medieval ya citada.

En *Paraíso inhabitado*, la lectura de cuentos infantiles vuelve a aparecer y así nos encontramos con *La isla del tesoro*, pero sobre todo con Alicia y Peter Pan, símbolos inequívocos de la literatura “matuteana”, que reflejan dos de las temáticas más mentadas por la autora: la posibilidad de explorar un mundo de fantasía dentro de nuestro propio mundo<sup>16</sup> y el anhelo de la infancia perpetua. Idea que subyace en el imaginario de los personajes infantiles que terminan descubriendo la dolorosa verdad en su ingreso al mundo adulto. Son las palabras de los niños protagonistas de *Paraíso inhabitado*. “Gente –dijo al fin–. Y no quiero vivir con ellos... ni ser como ellos”, dice Gavrila, el niño amigo de la protagonista y explica más adelante: “porque crecemos, nos vamos, y ya nunca, nunca más volveremos” (2009:166).

Esa imagen pesimista que atraviesa la narrativa de Matute se manifiesta sobre todo en la literatura para adultos, en donde el recuerdo del pasado imprime una mirada cargada de nostalgia y dolor. La excepción está marcada por la literatura infantil, que apela a un mundo más esperanzador, sin que el mensaje sea condescendiente o conformista<sup>17</sup>. Como marca Gullón “el gusto de hablar a los niños, parece ser el cobijo donde utiliza la voz que en el mundo de los adultos le resulta imposible, la de la esperanza, de la alegría”. (1996: XXV) Esta característica también se evidencia –aunque en ejemplos bien específicos– en algunos cuentos para adultos. Hervás Fernández, en su análisis de *Historias de la Artámila* –en particular el cuento “La chusma”–, destaca que varios de los finales de los cuentos son felices y “contrastan con la nota trágica y pesimista con la que remata el resto de las obras” (2010:734).

En consonancia con el estudio de El Saffar (1981:223) que analiza la imagen del Edén que prevalece en el universo imaginativo de Matute, esta última novela de la autora, ya desde su título, vuelve a plantear esta idea, sobre todo la de la presencia del “niño divino” o “divine child”, concepto que El Saffar toma de Jung y que se refiere al arquetipo del niño como salvador, una presencia divina en el mundo cruel de los adul-

<sup>16</sup> “No pretendo que abandonemos este mundo, nuestro mundo, sino tan solo que nos aventuremos por unos instantes en los otros mundos que hay en éste” (Matute, 1998b: 15).

<sup>17</sup> Sobre la producción infantil de Matute se encuentra el minucioso trabajo de Jaime García Padrino (2001), focalizado sobre todo al libro *Sólo un pie descalzo* (1983), pero que recorre los principales lineamientos de esta faceta narrativa de la autora.



tos. En ese “paraíso” habitado efímeramente por los niños, la naturaleza y sobre todo al bosque, aparece como un lugar incontaminado que sirve de refugio y protección<sup>18</sup>.

En *Paraíso inhabitado* confluyen dos “niños divinos” que cumplen los destinos posibles que tienen prefigurados de acuerdo al mundo “matuteano”: la desilusión o la muerte. Adriana, la narradora desdoblada y escéptica que recuerda con nostalgia su niñez, cuenta la historia de Gavril, su amigo e incipiente novio que muere de meningitis. Ambos van descubriendo lentamente el doloroso tránsito a la adultez y es justamente la muerte prematura del amigo la que marca el inicio de la desilusión radical y permanente de la narradora.

En su análisis de *La torre vigía*, El Saffar ya hablaba de este “divorcio” del mundo adulto y marcaba que “los más de los niños o mueren o pierden por completo su inocencia y capacidad de fantasía al despedirse de la niñez”, agregando que es constante la imagen de los niños “arrancados del paraíso, prematuramente, brutalmente” (1981:229-230). En ese contexto, el amor puro e incontaminado es solo patrimonio de la niñez y como tal, aparece brevemente y no logra subsistir.

## 2. “Los niños de la guerra”

Teniendo en cuenta todas las características marcadas, que unen biografía con niñez y literatura, es esperable y hasta coherente la persistencia de los ecos de la Guerra civil en la obra de Matute, ya que forma parte relevante de su propia historia<sup>19</sup>. En el texto que rememora la recepción del Premio Nadal por *Primera memoria*, grafica esa situación:

Luego vino una Barcelona tremenda, la Barcelona de la guerra. Pero, durante aquel tiempo los niños que habíamos sido privilegiados y vivíamos

<sup>18</sup> Matute siempre ha dado una connotación simbólica al bosque, no sólo en su famoso discurso de ingreso a la RAE, sino en varias entrevistas: “El bosque es para mí el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra” (1998b: 14).

<sup>19</sup> Dentro de la narrativa de la autora referida a la Guerra Civil, también se pueden citar *Los Abel* (1948), *Los hijos muertos* (1958), *Luciérnagas*, censurada y aparecida en 1955 con el título *En esta tierra*. Y la trilogía *Los mercaderes: Primera memoria* (1960), *Los soldados lloran de noche* (1964) y *La trampa* (1969). *Luciérnagas* reaparece en su versión original en 1993.

en un mundo burgués, abrigado, confortable, descubrimos que la vida no era como nos la habían contado. Entonces Barcelona fue diferente y fue terrible. Pero yo aprendí mucho. Aprendí lo que eran las colas y que el pan se pagaba. Quiero decir que aprendí que el pan no se regalaba y que había que aguardar para obtenerlo. Aprendimos que había gente cruel y bombardeos y que el mundo no era hermoso. (1998a: 160)

Matute es parte importante de esta generación de “primera mano”, ya que siempre ha mantenido en su narrativa un cruce singular entre historia y fantasía. Como señala Gullón, en el contexto literario de los 50 y 60 en las que prevalece el neorrealismo y el experimentalismo formal, Matute presenta una “realidad novelada emotiva” en la que “depende menos de la visión intelectual que de la experiencia” (1996: VII).

Esa facilidad de la autora para “poetizar cualquier situación” es el rasgo primordial de estas novelas en las que “lo testimonial se mezcla con la ensoñación” (Gullón, 1996: XXVII). Por eso, al hablar de la Guerra Civil, ésta aparece permeada por la mirada infantil, atenta a otras realidades, a otra sensibilidad en el despertar de la inocencia. Redondo Goicoechea plantea que sus obras incorporan al mismo tiempo los temas sociales y los “murmillos familiares” y en ese sentido logra reunir lo histórico con lo poético (1997: X). Pareciera que la Guerra, como cualquier otro tema posible, queda supeditado a cuestiones más trascendentales como la crueldad, el odio, la envidia. Así, Gullón explica que en *Primera memoria* se evidencia “la predisposición natural del ser humano a hacer daño al prójimo, a explotarlo” (1996: XXI) y en cierto sentido es la misma interpretación que esboza Zahareas al momento de analizar *Olvidado rey Gudú*, –y verificable en cualquiera de las novelas que integran la trilogía medieval– hay algo de “mito universal” que puede aplicarse a cualquier época y cultura (Rico, 1999:473).

Como fue marcado al inicio de este trabajo, *Paraíso inhabitado* cuenta las vivencias de una narradora que recuerda su infancia y adolescencia desde la mirada de niña, tratando de reflejar fielmente esa postura inocente e incorrupta, sin apelar a la intervención de la mirada adulta. Es la historia de Adriana, hija de padres divorciados y amiga de cocineras y sirvientas, que conoce a Gavriila, un vecino tan solitario como ella con quien compartirá lecturas, aventuras y un incipiente amorío. Esos mo-

mentos de felicidad serán truncados por la muerte de él, trance doloroso para Adriana que iniciará su definitivo ingreso al mundo de los adultos.

Si Gullón marcó con acierto, que en *Primera memoria* el argumento era más bien escaso o las acciones más bien pocas (1996: XXXVI), en *Paraíso* esto se intensifica, porque la acción deja paso al devaneo poético, la reflexión interior, el recuerdo nostálgico. Y en ese sentido, la mirada de la Guerra apela a un relato siempre en boca de los demás, referidos “a la pasada” o en voz baja. En *Primera memoria* aparecían personajes muertos, diarios que informaban sobre la toma de ciudades por las tropas de Franco, misas celebratorias organizadas por el cura, en *Paraíso*, sin embargo, sólo aparecerán solapadamente en boca de diferentes personajes, no siempre entendidos por Adriana la niña ni explicados por su versión adulta.

Si Moix ponía atención en el hecho de la escritura de *Primera memoria* veintitrés años después de la guerra, buscando rastros del contexto de 1959 en ella (Rico, 1999:469), podría plantearse qué nueva mirada aporta *Paraíso inhabitado* en el 2008, en medio de los debates políticos y sociales que ligan memoria traumática con nuevas generaciones y cuyos ecos pueden rastrearse en la narrativa, el cine y otros lenguajes.<sup>20</sup> Por lo pronto, la mirada de Matute vuelve a insistir con una memoria intimista pero con el contexto de la guerra más lejano, se podría decir que sin incidencias explícitas para los protagonistas o por lo menos como se veía en *Primera memoria*.

En esta novela estarán bien diferenciadas las esferas del mundo de los adultos y la de los niños. Y si bien la historia estaría centrada en esta última, las repercusiones de la primera van socavando paulatinamente la inocencia inicial de los niños en su despertar a la adolescencia. La narración de esa pérdida será contada cronológicamente y cobrará mayor intensidad con los ecos del conflicto en boca de los adultos. El ingreso a ese mundo será también la toma de conciencia de la gravedad de la guerra y sus consecuencias. Pero como se explicó en un comienzo, la narradora adulta de esta historia develará en cuentagotas los hechos

<sup>20</sup> En ese sentido, el libro de Macciuci y Pochat (2010) ofrece un amplio y pormenorizado acercamiento al tema. Además del análisis específico de narradores y temáticas actuales, el trabajo de Macciuci (2010a) presenta un exhaustivo estado de la cuestión sobre el tema y el trabajo de Javier Lluch-Prats (2010) ahonda en el concepto de generación, construcción de la historia y novela.

que los “Gigantes” refieren, es más, pareciera que no interviene ideológicamente en la interpretación de esas acciones. Prevalece hasta último momento como historia central la de la narradora ya adolescente y los últimos coletazos de su inocencia.

Como en otras obras de Matute, la familia de Adriana es –al decir de El Saffar– “relativamente privilegiada” –entre otros cuentan con sirvientes, cocinera, portero, chofer– y con padres “distráidos y preocupados por problemas propios” (1981:228). La familia termina de conformarse por dos mellizos y una chica ya adolescente. Como sucedía en *Primera memoria*, la guerra es vista con ojos anti-republicanos. Con los evidentes intereses de clase –aunque siempre referidos por sus sirvientes– sumados a la estricta educación religiosa que va pasando de generación en generación –la madre, la tía, la hermana mayor y ahora Adriana pasan por las manos de las “Damas Negras”–, la visión que se tiene de la guerra es bien particular.

Uno de esos episodios tiene como protagonista a Isabel, la cocinera, que pide a Adriana que le ayude con unas cartas para su familia, ya que no sabe leer ni escribir. Éstas, elementalmente crípticas, no son entendidas por la niña:

Como hacía yo con ella, a ellos se las escribía el cura. Eran unas cartas muy raras, de gente que no parecía la familia de Isabel. O por lo menos, no se le parecía en la forma de hablar, ni dictar. Por ejemplo, si ella les había dicho en una carta más o menos esto: “Querido hermano Lope, me alegraré que al recibo la presente estéis bien de salud. Ya sé lo que le ha pasado a la vaca con lo de los lobos, he llorado mucho, deseo que la otra vaca esté bien, ojalá se muera el que dice que es culpa de los lobos y todos sabemos...” La carta que recibía en respuesta era, también más o menos: “Querida hermana Isabel: ya sabes que la desgracia nos aflige, desde que a la vaca la mataron los lobos, pero estamos resignados por la voluntad de Dios, que pone a prueba nuestra paciencia y nuestra Fe en su Misericordia...” No entendía nada, pero sabía que algo fallaba, que algo no estaba de acuerdo entre una carta y otra. Como si hablaran de cosas distintas. (2008:104)

Una escena más explícita contra la República y que marca además un cierto disenso con esa mirada sucede en la fiesta de carnaval, cuando le dan una paliza a Teo, el acompañante y sirviente de Gavrila, porque

se disfraza de la Emperatriz de China. Cuando todos se enteran, Joaquín el portero e Isabel hablan del tema:

–¡Qué ya lo digo yo... que hay mucho vicio, mucho vicio! Desde la República, ¿qué va a ser de nuestra Patria? (...)

–Pero ¿qué tendrá que ver...? ¡Vamos, con República y sin República, lo que le han hecho al Teo es una bajeza... una maldad muy grande!" (2008:135-136)

En ninguno de los casos en que los adultos hablen de la guerra la narradora emitirá opinión sobre esos hechos, pero sí propondrá en algunos casos, con sutileza, una versión quizás superadora del simple maniqueísmo.

Yo escuchaba, medio agazapada en la despensa. La lavandera contaba que estaban incendiando conventos, y que habían apaleado a unas monjas en Cuatro Caminos, y a unos frailes no sabía dónde. Lo decía con una voz muy alta, casi temblorosa, pero no de miedo, ni creo que tampoco de alegría. Era un temblor antiguo, como despertado bruscamente de algún silencio espeso, largo, doloroso. (2008:142)

Como ya se ha dicho, la narrativa de Matute mantiene por sobre cualquier tema, una enseñanza más profunda y universal, referida a los sentimientos, el odio, la tristeza que en este caso, sólo son exacerbados por el conflicto. Nuevamente Joaquín manifestará su preocupación e Isabel lo apartará de la mirada parcial.

–Ay, María... se acercan malos tiempos, malos para gente decente como nosotros.

–Ya lo sé, Joaquín, ya lo sé... Malos para todos.

“Malos tiempos”, me dije confusa y curiosa a la vez. ¿Malos para qué? Mientras iniciábamos la subida hacia la morada de los Gigantes, me dije que para mí habían llegado los días en que Gavi me enseñaría a volar.

Pero antes de que pisáramos el primer escalón, Joaquín añadió:

–Si subes al terrado lo verás... verás el humo de los incendios. ¡Están quemando los conventos, las iglesias...! ¿Qué va a ser de nosotros? (2008:158)

Además de la mirada general de confusión y desesperanza, queda marcada la división entre el mundo adulto y el de los niños. Mundos que se van acercando más y que Adriana irá descubriendo con sorpresa primero y luego con dolor: “Todo era tan misterioso como las últimas palabras de la carta de papá. Confuso y amedrentador: “Hay gente muy mala, muy mala...” así que el mundo era un espacio grande y atroz, lleno de amenazas”. (2008:143)

Parte fundamental de esa lenta enseñanza que Adriana irá adquiriendo de a poco la recibe, maternal pero descarnadamente, de su tía Eduarda, hermana de su madre. Personaje que además aporta una mirada afín a la República y podría tomarse como una valoración positiva de la narradora, dada la fascinación que siente ésta por su tía. En la intempestiva aparición en casa de su hermana, ésta le reprocha la presencia de Sagrario, su ayudante, al parecer vestido “indecorosamente” y Eduarda responde tajantemente:

Otras cosas son muchísimo más vergonzosas que Sagrario, y están ocurriendo a tu alrededor, en esta misma casa... ¿Por qué no das la cara y dices a todo el mundo que ya no quieres a tu marido? Ahora ya tenemos una ley que lo permite, pero, claro, esa ley no tiene ninguna importancia en esta casa. (2008:18)

Esa primera alusión a la ley de divorcio y la diferencia ideológica que la separa de su hermana vuelve a ser marcada cuando se hable de la educación de su sobrina en el colegio de monjas: “En cuanto a esas notas y notitas que recibes de Saint Maur, te aconsejo que las olvides. En aquella casa predominan la estupidez, la ignorancia y la soberbia” (2008:26).

Estas referencias contextuales aparecen desperdigadas por la novela, supeditadas o en medio de reflexiones de una niña con intereses y concepciones del mundo ligadas a la fantasía y al juego, pero también a la literatura, el cine y el teatro. *Paraíso inhabitado* es, antes que nada, la narración del pasaje de esa niña a la adolescencia y de la magia que rige su universo a la realidad más extrema. Además de las características marcadas del mundo infantil de Adriana y Gavrila, se establece desde el comienzo de la novela –podría decirse que desde la ilustración de su tapa– la figura de un Unicornio con toda su simbología de pureza e incontaminación a cuestas: figura de un tapiz, sólo los niños pueden

ver cuando el fabuloso animal se escapa del cuadro y regresa. Ya en las primeras páginas queda establecida esta relación:

Uno de mis recuerdos más lejanos se remonta a la noche en que vi correr al Unicornio que vivía enmarcado en la reproducción de un famoso tapiz. Con asombrosa nitidez, le vi echar a correr y desaparecer por un ángulo del marco, para reaparecer enseguida y retomar su lugar; hermoso, blanquísimo y enigmático. (2008:3)

La relevancia de este dato, viene marcada porque se establece en la novela una analogía entre este animal y Gavrila, el amigo que conoce Adriana y cuya relación marcará las acciones centrales de *Paraíso*. Existe una clara división entre este personaje y Adriana, ya que él será un ser incontaminado y puro, que morirá sin llegar a formar parte del mundo adulto y ella, no sólo lo hará, sino que además acentuará con los años esa distancia hasta transformarlo en un recuerdo doloroso, cargado de nostalgia y ensoñación. Este doble papel de una narradora adulta desdoblada por la añoranza tiene en la novela dos momentos en los cuales su manifestación es explícita. Una, desde una posición de adulta, que luego de narrar esos recuerdos de niña, reflexiona sobre la realidad política de la época.

Puedes pasar días, quizás años, moviéndote en una nebulosa donde apenas se tiene noticia de cuanto sucede a nuestro alrededor. Algo así, pienso ahora, me ocurrió a mí. Desde el incidente de la niña en el ascensor, hubo un tiempo y un espacio tan indefinibles que apenas tengo referencias de los sucesos que por aquellos años revolucionaban mi país. (...) no sé cuánto tiempo estuve sin hablar porque todo lo que atañe a aquellos días parece haberse borrado de mi memoria. (2008:210)

El otro momento, también sobre el final de la novela, cuando deciden enviar a Adriana con su tía Eduarda, ésta explica que será por poco tiempo y la narradora nos resumirá cuáles serán los hechos futuros, que la novela no narrará:

Nadie sabía entonces que aquel “poco tiempo” iba a convertirse en tres largos años, en una guerra que iba a tenernos incomunicadas en zonas

enemigas, que iba a enfrentar y matar a mis añorados Jerónimo y Fabián<sup>21</sup>, y que mi padre desaparecería para siempre de mi vida. (2008:224)

El final de la novela es un punto relevante porque no sólo cierra la historia de un proceso, sino que explica el inicio de otro, el ya marcado despertar al mundo cruel de los Gigantes. Eduarda, personaje que de alguna manera resume en la novela la comprensión y contención para Adriana pero también la explicación más descarnada de lo que está sucediendo, es quien da el cierre a su mundo de fantasía. En medio del viaje a casa de su tía, Adriana le cuenta del Unicornio que ella vio y su esperanza de que regrese a buscarla (antes de morir, Gavrila le pidió que lo esperara y le prometió que volvería a buscarla). Su tía “aplastó el cigarrillo en el cenicero, sacudió con la mano el humo que aún flotaba en una casi invisible nubecilla, y dijo: “Los Unicornios nunca vuelven” (2008:226).

### 3. Consideraciones finales

*Paraíso inhabitado* es una novela que repite y acentúa ciertos tópicos del inconfundible estilo de Ana María Matute. Se podría decir que cumple lo que ha marcado El Saffar (1981:225): “Matute ha dicho, hablando de sus propias novelas, que cada autor reescribe la misma obra, elaborando siempre algunos temas favoritos”. Quizás se la pueda catalogar como una rescritura de *Primera memoria*, pero ahondando más claramente en una versión poetizada e intimista de la infancia, soslayando de manera más notoria las referencias contextuales en las que se desarrolla. Es innegable que la visión de la guerra vuelve a aparecer pero de una manera más distante, más mediada por la mirada infantil de la protagonista.

Prevalece de manera más notoria que en otras obras el papel de una narradora con “omnisciencia limitada”, atada a un punto de vista (Redondo Goicoechea, 1997: XXX). Así, la historia se dividirá –dentro del marco general del recuerdo de la protagonista– entre la memoria perso-

<sup>21</sup> Vuelve a aparecer en esta novela el enfrentamiento cainita, tan estudiado en su obra. En su análisis de la novela, Pons Ballesteros (2009:219) no sólo refiere a este tema, sino que lo analiza junto a otros cuentos que también se encargan de narrarlo.



nal contada en primera persona, infantil y fantasiosa y las intervenciones de los adultos, en forma de diálogos, frases dispersas y murmullos. Esos mundos tendrán sus características bien definidas: el infantil, con sus signos evidentes, la presencia del Unicornio, los personajes de los cuentos de hadas (Peter Pan, Alicia) y el adulto, con intervenciones ideológicas contrapuestas y la “inocente imparcialidad” de la narradora –sumergida en ese primer mundo.

La Guerra Civil será presentada a través de un abanico polifónico, como un eco lejano para la niña protagonista de la historia. Pero como sucedía en *Primera memoria*, la realidad que se muestra no es tan importante como los sentimientos que mueven a sus personajes. O mejor dicho, pareciera que el tema de la Guerra Civil funciona como exacerbación de sus pasiones, las tristezas, los odios, la discriminación. Como ya se ha dicho, *Paraíso inhabitado* no tiene como tema central el conflicto, aunque ese contexto potencia su desenlace. El doloroso proceso individual que vive Adriana en su pasaje a la adolescencia y tras la muerte de su amigo, –el incontaminado “niño divino”–, se torna más dramático al despertar a un mundo peligroso y maligno. La pérdida de la inocencia estará doblemente marcada por el dolor individual y la tristeza y desesperanza colectiva. Una vez más, Ana María Matute presenta en palabras de Zahareas “donde lo prodigioso presenta su lado lumínico y, a la vez, su lado oscuro y terrible” (1999:473), un mundo a la vez mágico y tenebroso.

## Bibliografía

- ASTORGA, ANTONIO, 2002. “Yo no vivo, floto”, *ABC Literario*, 5 de agosto de 2002,14-15.
- EL SAFFAR, RUTH, 1981. “En busca del Edén: consideraciones sobre la obra de Ana María Matute”, *Revista Iberoamericana* 47,223-231.
- GARCÍA PADRINO, JAIME, 2001. “Los relatos infantiles de Ana María Matute: Una voz personal en el País del Pie Descalzo”, en: *Así pasaron muchos años... (En torno a la literatura infantil española)*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha, 131-162.

- GULLÓN, GERMÁN, 1996. “La singularidad de la narrativa de Ana María Matute”, en Matute, Ana María. *Primera Memoria*, Barcelona: Editorial Destino
- HERVÁS FERNÁNDEZ, GLORIA, 2010. “La chusma. Ana María Matute”, en: *La sociedad española en su literatura. Análisis de textos de los siglos XVIII, XIX y XX*. Volumen II: Siglo XX, Madrid: Editorial Complutense, 725-740
- LLUCH-PRATS, JAVIER, 2010. “El concepto de generación en la construcción de la historia de la novela española contemporánea: entre el pasado reciente y un futuro posible”. En: Macciuci y Pochat (dirs.) *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*. La Plata: Ediciones del lado de acá, 51-76.
- MACCIUCI, RAQUEL y MARÍA TERESA PCHAT (dirs.), 2010. *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*. La Plata: Ediciones del lado de acá.
- MACCIUCI, RAQUEL, 2010a. “La memoria traumática en la novela del siglo XXI. Esbozo de un itinerario”. En: Macciuci y Pochat (dirs.) *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*. La Plata: Ediciones del lado de acá, 17-49.
- MATUTE, ANA MARÍA, 1994. *Primera memoria*. Barcelona: Editorial Destino
- , 1998. “La noche de Primera Memoria”, en *Dietario de posguerra*, Barcelona: Anagrama
- , 1998b. “En el bosque”. Discurso leído en su recepción pública a la Real Academia española.
- , 2008. *Paraíso Inhabitado*. Barcelona: Editorial Destino.
- MONTERO, ROSA, 1996. “Ana María Matute, el regreso del cometa”, *El País. Suplemento dominical*, 8.9.96, 52-56.
- MORA, ROSA, 2001. “Los cuentos son en prosa lo más parecido a la poesía, o sea, lo máximo a través de lo mínimo” *Babelia. El país*, 18 de agosto de 2001,7-8.
- MORET, XAVIER, 1996. “Ana María Matute: “Siempre he sido una isla, un bicho raro”, en *Babelia. El País*, 23 de noviembre de 1996,4-6.
- PONS BALLESTEROS, MARÍA MERCEDES, 2009. “El paraíso inhabitado de Ana María Matute”, *Revista Tavira*, nº 25, 2009, 209-223.
- PRADA, JUAN MANUEL DE, 1998. “Yo no soy una erudita, ni falta que me hace”, *ABC Literario. ABC*, 16 de enero de 1998.

- , 1996. “Escribir es siempre protestar, aunque sea de uno mismo”, *ABC Literario*. ABC, 5 de julio de 1996.
- PREGO, VICTORIA, 1999. “Lo peor en este mundo es sobrevivirse”, *Blanco y negro*. ABC, 28 de febrero de 1999, 12-13.
- REDONDO GOICOECHEA, ALICIA, 2009. “Capítulo V: Ana María Matute”, en: *Mujeres y narrativa: otra historia de la literatura*. Madrid: Siglo XXI, 141-201
- , 2000. “La narrativa de Ana María Matute”, en: Villalba Álvarez, Marina, *Mujeres novelistas en el panorama literario del siglo XX: I Congreso de narrativa española*, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha, 51-64.
- , 1997. “Introducción”. En: Matute, Ana María. *Historias de la Artámila*. Barcelona: Ediciones Destino, 9-47.
- VARELA, VÍCTOR, 1998. “Yo me he caído de alguna galaxia”, *La Vanguardia*, 19 de junio de 1998, 24-25.
- VILLORA, PEDRO MANUEL, 2000. “Yo me siento Alicia, siempre atravesando el espejo”, *ABC Literario*. ABC, 25 de junio de 2000, 16-17.
- ZAHAREAS, ANTHONY y MOIX, ANA MARÍA, 1999. “Ana María Matute”, en: Rico, Francisco. *Historia y crítica de la literatura española*. Tomo 8. Época contemporánea: 1939-1975, Barcelona: Crítica, 469-474.